



EL

CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

Los Artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Instruccion: por don A. Pirala.—A Valencia desde el Miguelete (poesia), por don Juan A. Viedma.—Un Ramo de Margaritas, por Zahara.—Un Buen Diablo!! por don Emilio de Tamarit.—Variedades: Mujeres célebres en Bellas Artes, por don Enrique del Castillo y Alba.—Modas.

INSTRUCCION.

Enaltecimiento de la mujer.

De la imaginacion y de los afectos del corazon, de que nos ocupamos en el anterior artículo, se desprende la sensibilidad, esa disposicion del alma, sin la que no es posible humanidad, ni generosidad. Un solo movimiento del corazon, un afecto, tiene mas influencia sobre el alma, que todas las sentencias de los filósofos. La sensibilidad socorre al espíritu y sirve á la virtud.

Las mujeres, ordinariamente, no deben nada al arte; ¿por qué, pues, se ha de tomar á mal que tengan un talento que nada les cuesta? Nosotros echamos á perder todas las disposiciones que tenemos en la naturaleza: empezamos por abandonar su educacion, no aplicamos su entendimiento á nada sólido, y el corazon se aprovecha de esto: las destinamos á agradar, y no agradan sino por sus gracias ó por sus vicios. Parece que solo son criadas para ser un espectáculo agradable á los ojos: ellas no piensan mas que en cultivar sus gracias, y fácilmente se dejan arrastrar de la inclinacion natural: ni se niegan á los impulsos que no

creen haber recibido de la naturaleza para combatirlos.

Formándolas para el amor las prohibimos su uso. Si no las destinamos mas que á agradar, no las privemos el uso de sus gracias: si las queremos razonables y con viveza, entonces ¿por qué abandonarlas sino las falta este mérito?

Pero pedimos una mezcla y una conservacion de estas prendas, que es difícil de conseguir y reducir á una medida justa: queremos que tengan talento; pero para ocultarlo, detenerlo, é impedirle producir. Apenas quiere remontarse, cuando al instante se le contiene por lo que se llama *pedanteria*.

La gloria que es el alma, y quien contiene todas las producciones del entendimiento, les está negada. Se quita á su talento todo objeto, toda esperanza se le abate, y como dice Platon, *se les cortan las alas*. Es de admirar que aun les quede algo.

Mr. San Evremond cuando quiso dar un modelo de perfeccion, no le colocó entre los hombres.—«Yo creo, dijo, menos imposible» encontrar en las mujeres la sana razon de los hombres, que en los hombres las gracias de las mujeres.»

Y pregunta una mujer á los hombres, de

parte de todo el sexo.—Qué quereis de nosotras? Vosotros deseais todos el uniros á personas apreciables, de un espíritu amable y de un corazon recto; permitidlas el uso de las cosas que perfeccionan la razon. ¿No quereis mas que las gracias que favorecen los gustos? No os quejeis si las mujeres estienden un poco el uso de sus hechizos.

Todo el mundo conviene, añade, que es necesario que las mujeres se hagan estimar; pero no necesitamos solo de estimacion, nos falta algo mas: nuestra razon nos dirá, que esto no nos debe bastar; pero abandonemos los derechos de la razon por los del corazon. Es preciso tomar la naturaleza como ella es. Las calidades estimables solo gustan en cuanto pueden sernos útiles; pero las amables nos son tambien necesarias para ocupar nuestro corazon; porque tenemos tanta necesidad de amar como de estimar. El admirar cansa, si lo que se admira no es tambien propio para gustar; pues no basta que el sexo nos guste, parece que tiene tambien obligacion de inclinarnos.

El mérito no está opuesto á las gracias: él solo tiene derecho de asegurarlas: sin él son ligeras y fugitivas; ademas que, la virtud jamás ha afeado á nadie; así que, la hermosura sin mérito y sin talento, es insípida, y el mérito disimula la fealdad.

Tambien se educa la sensibilidad, tambien se da á los afectos esa esquisita finura que la produce, cualidad no menos apreciable que la de la imaginacion; porque nos hace sentir con mas viveza, y haciendo vibrar las cuerdas del alma, produce en nosotros esas dulces y mágicas sensaciones, incomprensibles para los que no las han experimentado, para quienes no conocen las emociones de una tierna sensibilidad.

A. Pirala.



LITERATURA.

A Valencia desde el MIGUELETE.

Salve, Nereyda de la mar hirviente,
que sobre rica alfombra de colores
te asientas indolente
la sien ceñida de lozanas flores.

Bello es verte salir de entre la bruma
cuando el sol de los mares se levanta
y el ave peina su pintada pluma,
y en los jardines de tu vega canta;

Dejan las olas por buscar tu asiento
las riberas itálicas remotas,
y cruzan por tu limpio firmamento
bandadas de marinas gaviotas;

Dibújanse en la sábana de arenas
de tu playa feliz, bellas y leves
tus blancas hijas á tu sol morenas
de rubias trenzas y de talles breves;

Y allá, donde se pierde la mirada,
sobre el dormido mar que el sol colora,
vése rauda cruzar, la vela hinchada,
la barca pescadora.

Ah! Bendito, Valencia, el puro cielo
que cobija tus huertos perfumados;
bien hayan los encantos de tu suelo,
gruta de ninfas que en amores juegan,
llevando los cabellos enlazados
con los claveles que tus cáuces riegan.

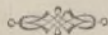
Envidia da al Oriente tu hermosura,
laberinto de conchas y de flores,
tu vega es toda fuentes y verdura,
tu cielo luces y tu brisa olóres.

Ay! siempre tus moriscos limoneros
sombra en julio me den, y oiga en las olas
que del remo al compás tus marineros
entonan sus alegres barcarolas.

Y adios la de las árabes palmeras,
si cual mi calma un día
mi voz se ha de perder en tus riberas,
ojalá que ese piélago espumoso
recoja la cancion del arpa mia,
que tambien ese mar besa orgulloso
la costa de mi patria Andalucia.

JUAN A. VIEDMA.

Valencia, agosto de 1856.



EL RAMO DE MARGARITAS.

Las doce acababan de dar en el reloj colocado sobre el mármol de la chimenea. Sola, y recostada en una butaca, en esa especie de letargo que precede al sueño, mis ojos á medio cerrar seguían las oscilaciones rojizas que la llama reflejaba en los diferentes objetos que adornaban mi gabinete. Nada turbaba el silencio de la estancia, sino el monotonó movimiento de la péndola, cuando un ligero ruido que sentí detrás de mí me hizo estremecer.

Desperté entonces de aquel estupor á que estaba entregada, y dirigí la vista con terror á un ramo de margaritas, enteramente marchitas, que colocado en un vaso de cristal, ocupaba un lugar preferente sobre mi tocador. Una de sus flores acababa de desprenderse, y al caer habia producido aquel ligero ruido, imperceptible sin duda para un oído indiferente, pero que vibró con fuerza en el fondo de mi corazón. Y no era ciertamente sin causa, porque aquel triste ramo, cuyas flores no conservaban ninguno de sus primitivos colores, me recordaba un suceso que me afectaba dolorosamente.

Su historia es la siguiente:

Dos años antes de aquella noche me hallaba yo en compañía de una de mis tías, en una quinta preciosa que poseía en los alrededores de Aranjuez, adonde acostumbraba pasar parte del verano. Mi tía era viuda, con una hija, niña encantadora, dos años mas jóven que yo. Tenia yo entonces diez y nueve años, y Julia, que este era el nombre de mi prima, iba á cumplir los diez y siete. Rubia, blanca, y graciosa en extremo, podía por sus maneras distinguidas y su esmerada educacion brillar entre las jóvenes mas entendidas; pero desgraciadamente estaba dotada de un carácter exaltado y romántico en demasia, y este defecto oscurecía en parte sus buenas cualidades.

Como mi tía era muy rica, y Julia, hija única, se le habian ya presentado partidos muy ventajosos, pero ella siempre los habia rechazado, porque segun decia queria hacer un matrimonio por amor, y mi tía, que la amaba entrañablemente, cedía sin resistencia á aquellos caprichos que calificaba de niñerías.

Con frecuencia me decia Julia, que jamás daría su mano sino al hombre que fuese dueño de su corazón, y que hubiese sabido inspirarle amor á primera vista, experimentando él la misma impresion. ¡Qué locura! Cuántas veces en nuestras largas con-

versaciones le aconsejaba yo que desistiese de aquellas ideas, é intentaba aunque en vano, atraerla á sentimientos mas razonables. ¡Pobre niña! ¡Algún día debia espiar de una manera bien cruel su romántica exaltacion!

Hacia mas de un mes que estábamos en la quinta, y me paseaba yo una mañana por un delicioso bosquecillo, situado á la estremidad del jardin, cuando llegó á mi oído la voz argentina de Julia, que me llamaba con tono muy alegre.

—María! Querida María, dónde estás? esclamaba corriendo hácia mí.

—¿Qué hay? qué quieres? le dije saliendo á su encuentro.

—Oh! una gran noticia! Esta noche vamos á Aranjuez á un baile que da la condesa de ***

—Ya lo sé.

—Sí, pero no lo sabes todo. Alfredo de Cárdenas, hermano de una de nuestras mejores amigas, oficial de marina, que ha venido á ver á su familia despues de largos viajes y muchos años de ausencia, debe hallarse en ese baile... y...

—Y qué! repetí yo viendo su turbacion.

—Que es por mí por quien asiste á la funcion. Dicen que es un gallardo y apreciable jóven; aspira á mi mano; pero, añadió sonriéndose, quiere verme de incógnito y conocerme antes de pedirla, y este es el motivo que le lleva esta noche al baile de la condesa. Su hermana, que no ha podido venir, acaba de escribirme y me anuncia haber dicho á Alfredo que me reconocerá fácilmente por mi traje, que segun le espliqué anteayer, debe componerse sencillamente de un vestido de tul blanco, con un ramo de margaritas en el pecho, y otro igual en la mano....

—Vamos, dije yo interrumpiéndola, hé aquí que me obligas á escoger otras flores, porque tú no recuerdas sin duda, que esta noche debíamos ir vestidas como dos hermanas.

—Sí por cierto, y eso es lo que me llena de alegría; por consiguiente guárdate de alterar en nada nuestros proyectos.

—¿Pero entonces, exclamé yo, cómo podrá reconocerte?

—Su corazón le guiará, respondió mi prima levantando con exaltacion su linda cabeza.

—¿Y si me prefiriese á tí?

Julia fijó sus hermosos ojos en mí durante algunos momentos, y despues exclamó con bondad:

—Tú eres bonita, mi buena María, pero francamente, creo que lo soy yo mas que tú.

Despues me dió un beso en la frente y se sepa-

ró de mí para ir, según decía, á instruir á su madre del papel que debía representar en esta comedia de familia.

Julia tenía razón, era mas bonita que yo: sus rubios cabellos caían en numerosos bucles al rededor de su rostro y le cercaban de una aureola de pureza y candor, los míos eran castaños y sencillamente recogidos en bandós: su tez era blanca y rosa, la mía pálida y mate: sus lábios de carmin, y sus alegres ojos azules como el cielo, no podían compararse á los míos, negros y tristes... En una palabra, el conjunto de su fisonomía era interesante y el mío no.

Toda la tarde estuve inquieta y con el corazón oprimido. Aquel capricho de mi prima me turbaba en extremo, y así es que procuré disuadirla, insistiendo en variar de traje ó al menos ponerme otras flores; pero fueron tales sus ruegos, y mi tía que hallaba la idea muy original, unió de tal modo sus instancias á las de su hija que al fin acabé por ceder.

Por la noche cuando bajé al salón donde me esperaban mi tía y mi prima, temblaba como una hoja agitada por el viento, y estaba mas pálida aun que de costumbre. Julia vino á tomar mi mano, y entonces observé que ella también estaba trémula, pero su emoción realzaba sus encantos. Su triple falda de tul blanco estaba recogida en el lado izquierdo por tres grupos pequeños de margaritas, y flores iguales adornaban sus cabellos y su pecho. Con este traje tan sencillo estaba radiante de hermosura.

—Oh! exclamó mi tía, si fueses tú también rubia, María, se os tomaría por gemelas: la misma estatura, el mismo talle, el mismo vestido....

—Sí, interrumpí yo, pero mucho menos bella que Julia.

—¿Pensará Alfredo como tú? añadió mi prima ruborizándose.

—¡Oh! sin duda alguna, respondió vivamente mi tía.

Mi corazón se oprimió sin saber porqué y temblaba con mas fuerza á cada momento.

Partimos por fin, y durante el trayecto que separaba nuestra quinta de la casa de la condesa, cambiamos algunas palabras. Era ya bastante tarde cuando llegamos al baile, en el que estaba reunida la sociedad mas distinguida de la corte, y una parte considerable de los oficiales de la guarnición.

Después de saludar á la señora de la casa atravesamos algunos elegantes salones, donde una concurrencia deslumbradora paseaba con trabajo, y con

alguna dificultad pudimos encontrar asientos en el de baile.

Yo continuaba cada vez mas inquieta y sentía un mal estar inexplicable: haciendo por fin un violento esfuerzo para sobreponerme á la emoción que me dominaba pregunté á Julia:

—¿Y bien, dónde está? Pero á propósito, añadí vivamente, si no le has visto nunca ¿cómo podrás conocerle en medio de esta confusión?

—Es que en su carta me dice Adela que se parece á ella de tal modo, que su semejanza me le dará á conocer fácilmente, y que además será el único que lleve uniforme de su cuerpo en esta reunión.

—¿Qué edad tiene? cuál es su grado?

—Veinte y siete años, y teniente de navío. ¿Pero qué tienes? Estas temblando, y tan pálida que me da miedo verte.

—Oh! no es nada, la respondí, es la inquietud que me causa tu niñería, pero esto pasará, yo te lo aseguro, y...

—Mírale! interrumpió mi prima palideciendo á su vez. Oh! qué guapo es! añadió inclinando la cabeza sobre el ramillete que llevaba en la mano, para ocultar su emoción.

Mis ojos habían seguido la dirección de los suyos, y al ver al joven oficial mis labios exclamaron también involuntariamente:

—Oh, sí! Es muy guapo!

Era Alfredo de Cárdenas un joven de estatura elevada y semblante espresivo; vestía su elegante uniforme con una gracia y un descuido llenos de distinción; sus largos cabellos negros daban á su rostro espresivo y un tanto moreno un inexplicable atractivo; no llevaba barba ni bigote, y sus labios, de un rojo purpúreo, hacían resaltar la blancura de sus dientes; sus hermosos ojos negros estaban cercados de largas pestañas, que velaban sus miradas, y cuando se encontraron con las mías un frío glacial corrió por todo mi cuerpo.

—Yo le amaré! Oh, no! los latidos de mi corazón me dicen que le amo ya: exclamó mi prima inclinándose hácia mí.

—Loca! le respondí, deja esas ideas novelescas, y espera al menos que él te haya hablado y que le conozcas mas. Y si después de todo me prefiriese á tí?...

Tenia Julia tal seguridad en su hermosura que me respondió con la mayor sencillez:

—Eso no puede ser.

(Se continuará.)

ZAHARA.

¡UN BUEN DIABLO!!

Es proverbio muy vulgar el distinguir á un hombre bueno y recatado, pero que no se halle muy sobrado de riquezas y talento, con la frase de *es un buen diablo*, ó bien *es un pobre diablo*; eso no sé si lo he soñado, pero lo cierto es que yo recuerdo el origen del proverbio, y valga por lo que valiere voy á referíroslo, queridas lectoras.

No sé en qué país, ciudad ó pueblo, ni porqué año, vivía un matrimonio de modesta fortuna, la cual por consecuencia de varios reveses no alcanzaba para cubrir sus primeras necesidades; un día el marido, á quien todos consideraban como hombre vividor, pero de muy limitada imaginación, resolvió embarcarse para la India con objeto de probar fortuna, como él decía; dejó á Isabel, que así se llamaba su mujer, encargada del poco patrimonio que les restaba, y se largó al mar lleno de halagüeñas esperanzas. Durante muchos años se vió á Isabel triste y pobre, y aun cuando hacía algún tiempo, en la época á que me refiero, que gastaba algo mas que antes y mejoraba sus bienes; todos los que la trataban atribuían aquel cambio á las dádivas de alguno de sus adoradores, á pesar de que no se podía designar quién fuera el favorecido por la dama, pues su conducta ejemplarmente virtuosa y recatada se oponía á estas y otras hablillas; pero achaque muy antiguo es de la sociedad el pensar mal, y sabido es también que nunca faltan gentes que se ocupan en roer reputaciones ajenas. Sabíase que el marido estaba en Méjico dedicado al comercio con poca prosperidad; y por consecuencia que no era posible mandára dinero alguno á Isabel.

En general todos apreciaban á aquella buena señora, quien sin faltar á los deberes de esposa, recibía en su casa á muchos amigos, y tenía una tertulia constante á fin de entretener las pesadas noches de invierno, sirviendo esto únicamente de pretexto á las lenguas maledicientes.

Llegó el Carnaval, y deseosa Isabel de procurar alguna mas distracción á las familias á quienes diariamente recibía, resolvió dar un baile de máscaras, de esos que se llaman de familia ó de franqueza; convidó á todos sus conocidos, y llegada la noche de la fiesta se llenaron las salas de la casa de jóvenes de ambos sexos, unos con máscara y otros sin ella, que bailaron alegremente al compás de una improvisada orquesta. Isabel no bailaba, pues

juzgaba que no era regular hacerlo estando ausente su marido; y mientras que las parejas se agitaban en la sala principal, ella se entretenía en un gabinete contiguo jugando con las personas de mas edad que concurrieron, pero con la condición de interesar poco dinero, pues mas que el interés de ganar les guiaba el deseo de vencerse en tan inocente pasatiempo. Entre otras máscaras entró en el gabinete uno disfrazado de diablo, y con la mayor finura invitó á la señora de la casa á jugar una partida de ajedrez, que ganó Isabel, el máscara se empeñó en jugar á la dobla otra y otras, que siempre perdió, resultando al fin que la dama había ganado una cantidad bastante crecida, tanto que no quería recibirla y se negaba á continuar jugando; el máscara pagó en onzas de oro, y varios de los concurrentes quisieron lidiar con él, unos guiados por la ambición de ganar otro tanto, convencidos de que aquel hombre no sabía jugar, y otros deseosos de ver si lograban incomodarle y que se descubriese, pues ansiaban conocerle, á pesar de que se suponía sería algún amigo, puesto que todos entraron con tarjeta de Isabel. A todos ganó el dinero; solo perdía cuando jugaba con la señora de la casa, así es que llegaron á sospechar fuese aquel el amante de que hacía algunos meses se hablaba: todo eran cuchicheos y conjeturas, hasta el punto de advertir el mismo máscara que era objeto de la conversacion general, y el deseo de conocerlo cada vez iba en aumento. Isabel seguía ganando, y aun cuando no quería recibir el dinero á cada juego, sacaba aquel diablo mas oro. Y para llamar aun mas la atención dijo: *Señores, yo soy el dios de la riqueza*, y continuaba sacando oro á puñados, invitando á Isabel para que comprometiese un partido para jugar con él todo lo que había ganado; esta vez triunfó también Isabel, y se hizo dueña de dos grandes bolsas llenas de oro.

Tan extraordinario acontecimiento puso en conmoción á los concurrentes, quienes formaban mil conjeturas estrañas. Una buena vieja, que estaba observando desde lejos, dijo en alta voz y santiaguándose, que aquel máscara no podía ser otro que el mismo diablo; y esto que en un principio nadie escuchó, comenzó á difundirse por la sala, y vino á corroborarlo el oírle hablar en ocho distintos idiomas, repitiendo de vez en cuando:

—Yo soy efectivamente el diablo, y ya que me habeis conocido debo deciros, que he salido del infierno para venir á buscar una dama que hace tiempo me pertenece, y no marcharé de aquí sin ella.

Estas espresiones combinadas con las sospechas de los mas crédulos, produjeron espanto en algunos y risa en otros; todo era confusion, mientras que el diablo enmascarado, inmóvil en su asiento no quitaba la vista de Isabel, y ésta no parecía inmutarse, pues nada sospechaba de aquella cómica escena; por último el diablo llamó á todos aquellos con quienes habia jugado y les devolvió el dinero que ganó, diciendo:

—Jamás espongaís vuestro dinero contra el diablo, que sabe ganar cuanto quiere.

El asombro crecía por momentos, ya no se tocaba ni bailaba, todos hablaban de aquel diablo, hasta que por último se quitó la máscara, y apareció el marido de Isabel, quien al reconocerle dió un grito y se arrojó en sus brazos.

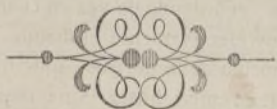
—Señores, dijo, vuelvo rico; he llegado á la opulencia, y no sería feliz gozándola sin tí, amada esposa.

Formaron todos un círculo para contemplar aquella singular escena, y hubo muchos que dudaron hasta de la certeza de que fuese el marido, tal era la obcecacion en que estaban de que forzosamente aquel era el diablo.

—¿No es cierto, señores, continuó el marido, que he venido á buscar á una mujer que hace mucho tiempo me pertenece, segun antes he dicho?

Siguiéronse los cumplimientos de etiqueta en tales casos por parte de aquellos que no le habian antes conocido, y fueron desde aquel momento marido y mujer quienes presidieron el baile. El afortunado comerciante vivió feliz con sus riquezas, hizo partícipes de ellas á sus amigos, y todos le amaban con entusiasmo por su bondad, ya que no por su talento; por manera que le designaban desde la noche de su llegada con el nombre del *buen Diablo*, segun parecer de la vieja que, sentada en un rincón hubo momentos en que temió verse trasportada á los infiernos; pero finalmente confesó que aquel era un *buen Diablo*, viniendo esta frase, hija de la casualidad, á convertirse en un respetado proverbio.

EMILIO DE TAMARIT.



VARIEDADES.

MUJERES CÉLEBRES EN BELLAS ARTES.

PINTURA.—SIGLO XVIII.

(Conclusion.)

R.

Rite. (Doña Isabel María) Fué natural de Oporto, en Portugal, é hija de Francisco Rite, y de Juana Pequerin. Vino á España á principios del siglo XVIII, y se distinguió en la pintura entre los mas diestros profesores, particularmente en la miniatura, que hacia con aseo y correccion de dibujo.

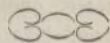
S.

Silva Bazan y Sarmiento. (La Excm. Señora Doña Mariana de) Duquesa de Huescar y de Arcos. La Real Academia de San Fernando la nombró en 20 de Julio de 1766 académica de honor y directora honoraria en pintura con voz, voto y asiento preeminente en ambas clases en todas las juntas á que gustase asistir, con opcion á todos los empleos que ejerciere, en atencion á sus virtudes y nacimiento, como tambien á la habilidad y mérito que manifestó en unos dibujos hechos de su mano que habia presentado á la Academia. Falleció en Madrid á 17 de Enero de 1784, y fué enterada en la parroquia de San Salvador, donde lo estaba su último marido, el duque de Arcos, á quienes se erigió un elegante sepulcro con los bustos de ambos consortes, ejecutados por los Micheles.

V.

Valdés. (Doña María de) Nació en Sevilla, y era religiosa del Orden del Cister, en el Real Monasterio de San Clemente de aquella ciudad. Su padre, D. Juan de Valdés y Leal, la enseñó á pintar al óleo y en miniatura, é hizo retratos con facilidad y semejanza. Falleció profesa en su Monasterio, el año de 1730.

ENRIQUE DEL CASTILLO Y ALBA.



TEATROS.

Las novedades andan este año por las nubes.

Es verdad que con *todo* sucede lo mismo, empezando por el dinero, principio de todas las cosas, y *novedad* siempre.

El teatro del *Circo* ofrece estos días la gran novedad de los *Polvos de la madre Celestina*, comedia de magia, como todas, muy del gusto del público, que tiene poco dinero y paga el pan á veinte cuartos: así es que, á pesar de estar los papeles de la citada obra á cargo esta vez de Teodora, Romea y Arjona, las entradas no son lo que fueron hace dos años en el teatro de la *Cruz*. Y ya que hablamos de los *Polvos*, parécenos oportuno reseñar que tanto el decorado (el mismo que sirvió en la *Cruz*), como la maquinaria no dejan nada que desear; solo, sí, es de sentir no haya otra madre Celestina (y cuenta con que Celestinas hay de sobra en el mundo), que en virtud de mágico poder nos aliviara en la terrible *sindineritis* que nos aqueja.

En el teatro del *Príncipe* hemos vuelto á ver el drama del señor Serra, *El alma del rey García*, y la graciosa comedia, traduccion esmeradísima hecha por el señor Breton, con el título de *El amante frustrado*. En el desempeño del primero se han distinguido la señora Rodriguez y el señor Osorio. En la segunda, el eminente Guzman ha hecho todo lo que puede, que no es mucho, á causa de su avanzada edad. De la nueva comedia del señor Diaz titulada *Las cuatro estaciones*, estrenada anteanoche en el propio coliseo, hablaremos en el próximo número. En este coliseo ha sido admitido un drama en verso de nuestra colaboradora la señora Doña María del Pilar Sinués de Marco, titulado *El Paje de la Reina*.

En el teatro de la *Zarzuela* hemos visto *Catalina*, con la novedad de representar la Carolina Di-Franco el papel que estrenó la simpática Amalia Ramirez; la nueva cantinera-emperatriz ha salido airosa, logrando ser aplaudida en algunas escenas, si bien en la parte de canto no puede luchar con la desertora *perlita* de la *Zarzuela*; tambien hemos visto los *Diamantes* y la *Cisterna*, *El estreno de un artista* y *Jugar con fuego*, obras que aunque son aplaudidas siempre, empiezan á cansar al público, que no vé la razon de que un coliseo con tantas esperanzas abierto, solo haya puesto en escena, en mas de dos meses, una zarzuela en un acto. Dicen que antes de Navidad veremos el *Diablo en el poder* (¡cuidado con las interpretaciones!) Zarzuela de los señores Camprodon y Arrieta, de la cual se hacen los mas exagerados elogios.

El *Teatro Real* continúa favorecido por una numerosa concurrencia; es verdad que no siempre se reúne una compañía tan completa como la actual. La señora Ortolani se ha remontado en la *Sonámbula* y el *Hernani* á una altura que no podíamos presagiar á su aparicion en la escena. La señora Penco es sin igual en la *Traviata*. El jueves se dió el *Trovador*, y pocas veces, acaso nunca, hemos sentido tanto, como en el *Miserere*, cantado por esta eminente artista; la brillante y distinguida concurrencia que llenaba el coliseo llenó de flores el escenario. La señora Marchissio cantó tambien admirablemente el papel de Gitana, y fué justamente aplaudida con el señor Franchini, que es en esta partitura un tenor inimitable. Se anuncian como muy próximas *Las Visperas Sicilianas* y *Los Mártires*.

En el coliseo francés terminadas las representaciones del drama de Alejandro Dumas (hijo) *Le Demi-monde*, se ha puesto en escena la ya célebre comedia de Ponsard, uno de los primeros autores dramáticos del vecino imperio, titulada *L'honneur et l'argent*, traducida en verso hace algunos años á nuestro idioma por el señor Rosa Gonzalez, y representada con general aceptacion en el teatro del *Príncipe*. Los actores que la han desempeñado esta vez han comprendido todos sus respectivos papeles, haciéndose aplaudir en no pocas escenas. Ahora se ensaya la *Bourse*, comedia del mismo autor, que ha obtenido en Francia un éxito que alcanzan poquísimas obras. Las entradas en el teatro francés no pasan de medianas.

La empresa de *Tirso de Molina* ha suspendido las representaciones y se ocupa en reorganizar la compañía, para volver con nuevo ardor á proseguir sus tareas. Parece, segun nos han dicho, que los conocidos autores á cuyo cargo estaba *surtir* de obras lírico-dramáticas á la empresa, han rescindido su compromiso separándose de ese teatro, donde dicen que veremos ahora, en tanto que hay otra cosa, el célebre *Duende*, de la infancia de la zarzuela, *Misterios de bastidores*, *Por seguir á una mujer*, *et sic de sateris*.

El día 19 se abrirá el nuevo *Circo ecuestre* construido en la *Plazuela* de la Cebada, casa que fué cuartel de caballería. Lo hemos visto, y es sin disputa uno de los mejores y mas cómodos teatros de la corte; ademas del circo tiene un espacioso escenario, donde se harán grandes evoluciones. El espectáculo cuenta con las simpatias del público. Lástima que el circo esté situado en un extremo de la capital.

Por hoy vale

ADAN.

MODAS.

No siempre la Moda, coqueta y presumida, ha de ofrecer sus tesoros á jóvenes hermosas para que brillen en un sarao, ó para que luzcan sus gracias en un paseo; justo es que alguna vez se consagre á realzar tambien los encantos infantiles, que si hoy no necesitan mas adorno que el suyo propio, por el inevitable curso del tiempo, un dia ostentarán tambien sus mas preciados dones.

El figurin que repartimos con el número de hoy presenta siete figuras de distintas edades y sexos.

Representa la primera un niño de cinco años: su blusa de merino granate baja ceñida al talle, cayendo en anchos pliegues hasta la rodilla; la sujeta un cinturon de la misma tela, por debajo del cual salen unas aldetas, que descansan sobre la falda. Cuello liso de camisa, y sombrero de fieltro con pluma y cinta escocesa.

Es el segundo un niño de seis años, con falda y chaqueta de terciopelo negro, adornada esta última todo al rededor de botones con colgantes de azabache, llevando dos órdenes de ellos en la aldeta y manga: un cinturon de raso figura sujetar la falda debajo de la chaqueta, del que se ven las lazadas, y bajan los cabos hasta el fin del vestido. Completan este traje botines grises y gorra de terciopelo con pluma rizada.

El tercero, niño de menor edad, tiene vestido de piqué blanco con gran pelerina, y una capotita de terciopelo labrado, con gorra interior.

La elegante niña que se ocupa en entretener al anterior con algun juguete, representa de diez á once años, y está vestida con el mejor gusto. Su falda azul está cortada en anchas rayas, por otras de la misma dimension de terciopelo negro. Chaqueta de aldeta larga, tambien de terciopelo, guarnecida por una cinta de raso rizada: capota de gró blanco con lazos: cuello y mangas de lujo; pantalon bordado y botas de terciopelo.

La cuarta figura es un niño con blusa ajustada en el talle: un adorno que desde el escote baja á la cintura, le da á aquel forma cuadrada, y al traje una novedad de muy buen efecto: la manga tiene una ancha vuelta, y tanto ésta como todo el vestido va adornado con bieses de raso azul. Camiseta alta.

De las dos figuras que quedan, la primera es una niña de siete á ocho años, con traje de terciopelo, que va casi cubierto con un elegante abrigo

de gró negro con esclavina, la cual va picada ó bastillada á cuadros pequeños, como muestra el dibujo, y guarnecido todo él por una ancha cinta de terciopelo: cuello liso, y sombrero de ala ancha color café, con lazos, y un encaje al aire todo al rededor.

La segunda y última, representa un traje de tirolesa, para niña de ocho á nueve años. El vestido es de poplin granate, de talle redondo unido á la falda, y escote no muy bajo: lleva una banda de gró ó terciopelo negro por delante, en el cuerpo, formando peto, y otras semejantes á los costados en la falda, que naciendo estrechas en el talle bajan ensanchando hasta el fin de ella; estas bandas van adornadas por ambos lados de madroños: manga corta con bandas ó rayas, igualmente negras, y madroños: lazos de terciopelo en el talle, por delante, atrás y en los hombros. Camiseta con puño bordado, igual al de la manga blanca interior.

Aunque todo parece lánguido despues de haberse ocupado de lo que concierne á estos lindos pimpollos, completaremos este artículo con la reseña de los abrigos mas de moda para las mamás, que las pongan á cubierto de los rigores de la estación.

MEDEA. Es un *abrigo* de paño negro, guarnecido todo al rededor de cinta de terciopelo: sobre el hombro y para sostener la manga hay una presilla de pasamanería con colgantes.

PENTHIEBRE. *Abrigo* de seda, de labrado menudo, guarnecido todo al rededor de una franja con bellotitas de seda.

FAVÈLLE. *Manteleta* de terciopelo liso con dos volantes de guipure, sobre los cuales se coloca un rico agreman.

FEBO. *Abrigo* de paño edredon negro, ó color de castaña: lleva canesú de terciopelo negro con un adorno de pasamanería que forma enrejado, y todo al rededor va guarnecido de una ancha tira de terciopelo negro y un fleco de seda.

PRINCESA. *Manteleta* de terciopelo de forma redonda, guarnecida en su bajo de una ancha blonda ó guipure: otra igual adorna lo alto del abrigo, figurando pelerina redonda.

ADALBERTO. Este *abrigo*, tambien de paño edredon, forma punta muy larga por detrás, y otra mas arriba que figura pelerina: va todo guarnecido de fleco de seda, con azabaches, y abotonado en el pecho con botones de seda.

AURORA PEREZ MIRON.